

una expresa disposición divina. El hombre no pudo sólo por sí llegar á tales prácticas, y menos podría pensar que de ellas dependiese su salvación, si Dios no lo hubiese ordenado así. «Son los dioses, dice Platón, quienes deben de haber establecido los usos sagrados y los sacrificios». (1)

En ninguna parte se expresa tan claramente como en el libro de la muerte de los egipcios la idea de que los sacrificios no tienen valor, á menos que los ordene y les dé importancia Dios mismo; allí se dice que el sacrificio se ofrece al santo por excelencia, al Señor que creó la tierra, al Señor de los holocaustos y de los sacrificios sangrientos; pero es verdaderamente curioso que aquel, á quien se ofrece el sacrificio, es también designado como su propio sacerdote, como el que ofrece en su propia persona el sacrificio de los pecados por el pecador. (2)

Este pasajé es uno de los más importantes para comprender bien la naturaleza de los antiguos sacrificios, aunque está claro que en él se quita á los sacrificios de animales su valor propio é independiente. Es imposible que la sangre de los animales, como tal, borre los pecados del hombre. (3) ¿Qué relación hay entre el animal y nuestras faltas, ni entre nosotros y el animal inofensivo? Doy algo de lo que poseo, ó que he comprado para aplacar á Dios con un sacrificio, y es todo lo que puedo hacer: procediendo así, reconozco mi falta delante de Dios, pero no queda por este procedimiento borrada: confieso únicamente que merezco la pérdida de mi sangre y de mi vida, pero no doy por ellas plena y entera satisfacción. Hago lo que puedo, por poco que sea, y manifiesto así que sólo Dios me puede exonerar del pecado, que si quiere ser aplacado con sangre, debe hacer él mismo de sacerdote sacrificador y celebrar él mismo el sacrificio; de suerte que sólo él puede hacer nuestra reconciliación. Pero como no puedo ofrecer más que la expresión de mi buena voluntad, no puedo tener la

(1) Platón, *Critias*, p. 113, c.

(2) Uhlemann, *Ägypt. Alterthumskunde*, IV, 158, 167.

(3) Hebr., X, 5.

satisfacción de haber hecho algo en expiación de mi falta, en el caso de que Dios mismo haya ordenado esa compensación ó de que la haya por lo menos aceptado en gracia, y supla él lo que á mí me es imposible; en una palabra, á menos que él mismo desempeñe la función de sacerdote, y de que cuanto hagamos aquí abajo en el sacrificio, solamente lo hagamos en su nombre.

Hay, pues, en esta cuestión, la más oscura y horrible que existe, del sacrificio sangriento, que todas las religiones observaron escrupulosamente, una cuádruple confesión. Primera, que la humanidad tiene una culpa que sólo puede expiar con su propia sangre y su propia vida. Segunda, que si ha de encontrar gracia, si ha de vivir, debe ser derramada una sangre ajena, inocente, en representación de la suya. Tercera, que hasta la consumación de ese completo sacrificio, la humanidad debe siempre confesar que mereció perder la vida, y que sólo con sangre inocente puede rescatarla. Cuarta, que sólo Dios puede consumir el sacrificio que debe un día expiar completamente la falta del hombre. Dios mismo debe ser su propio sacerdote, Dios mismo debe ser víctima, Dios mismo debe borrar la falta de los hombres con sangre. Únicamente así puede ser aplacado Dios y salvado el hombre. (1) Prometeo expiará hasta que un Dios tome á su cargo voluntariamente sus sufrimientos, y hasta que un inmortal muera por él. (2) Tal es la idea del sacrificio sangriento.

Vemos esa convicción especialmente representada entre los pueblos donde los sacrificios humanos estaban más en uso, entre los mejicanos (3) y sus afines de raza y de religión, los chibchas de Nueva Granada. (4) Según su manera de ver, el desgraciado que estaba destinado al sacrificio hacía las veces de la divinidad, llevaba durante un año

(1) Agustín, *In Levitic.*, 9, 57, 4 (III, 1, 517, a); *Contra Faustum*, 6, 5; 20, 18, 22; 22, 14, 17; *Contra adversarium legis et prophet.*, 1, 18, 37; 20, 39 (VIII, 567 y sig., 570); 2, 11, 36 (602 e).

(2) Esquilo, *Prometheus*, 1026 y sig.

(3) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 272. Arnim, *Das alte Mexico*, 41,

(4) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, (1864) IV, 364.

sus insignias, se le rendían exactamente los honores de la adoración que de ordinario se rendían á los dioses, se prosternaban ante él, y se le honraba con todos los signos de la adoración y del culto divino. Leemos también en las actas del martirio de las Santas Perpetua y Felicitas que se quería conducir á la muerte á los hombres vestidos como sacerdotes de Saturno y á las mujeres como sacerdotisas de Ceres. ⁽¹⁾ Todo esto procedía de la idea de que sólo Dios puede libertar por la sangre al mundo de la maldición á que fué condenado.

7. De donde proviene la inclinación del género humano á derramar la sangre.—Es verdaderamente difícil que los pueblos hayan tenido nociones claras en este punto, pero, no obstante esto, jamás pudieron borrar esa idea de su espíritu: de otro modo sería imposible comprender la tenacidad con que se aferraban á sacrificios que exigían de ellos abnegaciones tan penosas. La necesidad del sacrificio debía de estar profundamente arraigada en los hombres para que se sometiesen á prescripciones tan minuciosas y embrolladas como lo eran, por ejemplo, las concernientes á los solemnes sacrificios de caballos entre los indios. El sacrificio duraba un año y comprendía un millón de víctimas: se celebraba con ceremonias tan numerosas, tan mezquinas, tan enojosas que era indispensable comenzar de nuevo cuando una de ellas era omitida: y no obstante esto, se ofrecía. ⁽²⁾ En la ley religiosa persa, los fieles ordinarios se obligan á sacrificar hasta mil animales en expiación de ciertos pecados, pero los héroes y príncipes se comprometen á sacrificar hasta diez mil. ⁽³⁾ En Jerusalén, Salomón celebró la dedicación del templo que había edificado, derramando la sangre de más de 140.000 víctimas. ⁽⁴⁾

En Roma, cuando subió al trono Calígula, procuró hacerse propicio al cielo inmolando 160.000 víctimas. ⁽⁵⁾ Los

(1) *Acta SS. Felicit. et Perpetuæ*, n. 18 (Ruinart).

(2) Duncker, *Gesch. des Alterthums*, II, 341-346.

(3) *Ibid.*, II, 539.

(4) III, Reg., VIII, 63. II. Par., VII, 5.

(5) Suetonio, *Caligula*, 14.

romanos, especialmente Augusto ⁽¹⁾ y Marco Aurelio, ⁽²⁾ multiplicaron tanto los sacrificios, que varios emperadores, como Nerva, por ejemplo, trataron de restringirlos, temiendo por el erario; ⁽³⁾ pero fué inútil. Con relación á eso fueron una bagatela aquellas hecatombes de Grecia que se componían de doce á noventa y nueve toros, cifra á que llegaban los héroes de Homero. ⁽⁴⁾

Las manchas de sangre que en pos de sí deja el rey del desierto al retirar su botín señalan al cazador que le persigue la ruta que lleva el fiero raptor: tampoco hacen falta largas investigaciones para conocer las que siguió la humanidad á través de la historia. Torrentes de sangre la indican; pero es difícil y hasta imposible saber si fué derramada más sangre por la mortífera arma que blandió el odio ó por la cuchilla del crucificador. Millones de valiosos animales, millones de esclavos y de gladiadores en la plenitud de la fuerza, y, en muchos casos, los más queridos individuos de la familia, debían entregar su propia vida. Se necesitaban precisamente los mejores animales, los más vigorosos luchadores, los hombres más nobles, ⁽⁵⁾ los jóvenes de más ilustre nacimiento, los primogénitos, ⁽⁶⁾ los hijos únicos y queridos, ⁽⁷⁾ como en Meroe, ⁽⁸⁾ y en Noruega, ⁽⁹⁾ se necesitaban doncellas de sangre real como Ifigenia, como la doncella de Mesina, ⁽¹⁰⁾ como las tres hijas de Erectea. ⁽¹¹⁾ Y esas víctimas humanas marchan á la muerte gozosas y sonrientes, ⁽¹²⁾ adornadas con coronas y engalana-

(1) Séneca, *Benef.*, 3, 27, 1.

(2) Ammian. Marcel., 5, 4.

(3) Dio Cassio, 68, 2.

(4) *Iliad.*, 6, 93. *Odyss.*, 3, 8.

(5) Heinichen, zu Euseb., *De laud. Const.*, (1830), 472. Scholz, *Zauberwesen der Hebræer*, 188 y sig.

(6) Curcio, 4, 3. Silio Itálico, 4, 770. Diodoro, 13, 86, 3; 20, 65, 1.

(7) Eusebio, *De laud. Constant.*, 13; *Præp. evang.*, 1, 10; 4, 16, Diodoro, 20, 14, 4. Maurer, *Bekehrung der nordischen Stämme*, II, 195 y sig., 210.

(8) Diodoro, 3, 6, 1, 3.

(9) Maurer, *Bekehrung der nord. Stämme*, II, 197.

(10) Pausanias, 4, 9, 4.

(11) Ovid., *Metam.*, 2, 553 y sig., 6, 677 y sig.

(12) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 273.

das con vestiduras nupciales, ⁽¹⁾ al son de trompetas y de flautas. ⁽²⁾ Sus madres las felicitan por haber sido escogidas para tal suerte, y las abrazan con ternura mezclada de orgullo. ⁽³⁾ ¿Qué corazón no se conmoviera de lástima en presencia de tales escenas?

En otro sitio, un pobre diablo, que, de ordinario, es en la vida pública senador ó cónsul, desciende á una fosa sombría, que cubren con una plancha agujereada. ¿Qué tratan de hacer? ¿Enterrarlo vivo? No, quieren bañarlo en sangre. Al efecto inmolan toros y carneros, de tal suerte que la sangre caiga sobre él en forma de lluvia; después sale, dándole la sangre desagradable aspecto; las turbas le rodean, le besan los vestidos y las manos, como si fuese una persona sagrada. Ha sufrido la ceremonia horrible del Criobolo ó del Taurobolo, la más santa que el paganismo haya conocido. ⁽⁴⁾

Todo el pensamiento de la humanidad antigua estaba concentrado en la sangre. Cuanto más querido era el animal, más eficaz era la expiación. Fué convicción general desde las Indias hasta el país de los celtas que nada igualaba á la fuerte y duradera eficacia de la sangre humana, ⁽⁵⁾ y aunque no hubiere de ser derramada hasta la última gota, debía, sin embargo, serlo en parte: bien se cortaban una falange del dedo, bien se desgarraban la piel y la carne con lesnas afiladas, y daban su sangre á los dioses en la medida suficiente para no comprometer la vida. ⁽⁶⁾

Sí, debemos rendir á la humanidad no redimida el testimonio de que pagó cara y amargamente, con sacrificios

(1) Wuttke, *Ibid.*, I, 272; II, 355.

(2) Plutarco, *Superstit.*, 13.

(3) Scholz, *Gelzendienst und Zauberwesen bei den Hebræern*, 191. Minucio Felix, *Octav.*, 30.

(4) Dœllinger, *Heidenthum*, 626 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom*, (1872), II, 162 y sig., 187. Pauly *Real-Encyklop. der klass. Alterthumswissenschaft*, VI, 1639 y sig. Mommsen-Marquard, *Röm. Alterth.*, (12) VI, 87 y sig.

(5) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, (2) I, 935. Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 355. Agustín, *Civ. Dei*, 7, 19.

(6) Wuttke, *loc. cit.*, I, 141, 270 y sig. Tylor, *Anfänge der Cultur*, II, 403. Lassen, *loc. cit.*, (1) IV, 634. Dœllinger, *Heidenthum*, 561. Winer, *Bibl. Real. Wörterbuch*, (3) I, 119. Lasaulx, *Studien*, 254.

de dinero y de bienes de sudor y de sangre, el derecho de decir á la posteridad que tenía conciencia de su pecado. La sangre de Abel clamaba venganza al cielo. Aquellos torrentes de sangre humana, aquellos mares de sangre de animales que debieron dar su vida en vez de darla su dueño, debemos también considerarlos como testimonio clamando venganza al cielo, testimonio mediante el cual confesó la humanidad su culpa y pidió misericordia.

Si se tratara de palabras, no hay duda en que ella negó ser criminal; pero ¿quién da fe á las palabras? En la generalidad de los hombres, la lengua sólo sirve para ocultar lo que hay en el fôndo del corazón; solamente los actos nos permiten conjeturar algo seguro respecto á los verdaderos sentimientos del hombre: así, aquella efusión de sangre es en la humanidad una confesión de que ha pecado, confesión que nos dispensa fácilmente de cualquiera otra.

8. El sacerdocio como mediador.—Donde quiera que encontramos un sacrificio sangriento ó la compensación de ese sacrificio, debemos considerarlo como una confesión que el género humano hace á la faz del cielo y de la tierra. Que haga esa confesión con arrepentimiento ó con arrogancia, con pleno conocimiento de causa ó como soñando, poco importa: con ella dice su alejamiento de Dios, se reconoce como causa de su pecado, y que, en su rebelión contra el Señor de la vida y de la muerte, pasó de la vida á la muerte.

Un punto en que los pueblos están de acuerdo como en pocos, es en que los sacrificios deben ser llamados la confesión general de la humanidad caída. Esta confesión se descubre en toda la vida privada y pública de los antiguos: quien cometió un crimen y teme el castigo de los dioses; quien desea alejar de sí una desgracia, conjurar la muerte á fin de que no tienda su brazo raptor hacia su casa, se dirige apresurado á los altares, y confiesa en la sangre de la víctima, delante de todos que es pecador. Una fiesta en la antigüedad no habría sido tal fiesta de no comenzar por sangre, es decir, por una solemne confesión de

la culpabilidad general; sólo entonces creían los paganos poder entregarse al júbilo. Cuando el pueblo se reúne para deliberar acerca de su felicidad ó de su desgracia; cuando el ejército deja el suelo de la patria querida para detener en su marcha al perturbador de la paz; cuando toma posesión de su cargo aquel á quien los ciudadanos confiaban lo más precioso que tenían, los destinos de la patria, su primer pensamiento era siempre hacer la confesión de sus pecados, derramando sangre, y conciliarse el favor de la divinidad. Por inflexible que su orgullo sea, saben á lo menos que, cuando necesitan de la protección del cielo, tienen que empezar por humillarse ante él. Jamás lo confesaron con palabra; pero de hecho, con sus actos, confesaron que el hombre, una vez caído, no se atreve á presentarse delante de Dios, si no es llevando en los labios la confesión de su falta, cualesquiera que sean las peticiones que le haga: también por esta razón y á pesar de todas las prevaricaciones no le ha rechazado jamás Dios enteramente.

Lo más duro que en la tierra conocemos es el diamante; resiste al fuego, desafía al martillo, mella el corte del acero; únicamente en la sangre, dicen los antiguos, pierde su fuerza inflexible. ⁽¹⁾ Lo más duro que hay para nosotros es el yugo á que estamos sujetos como hijos de Adán desde que nacemos hasta la hora de la muerte; ⁽²⁾ es la conciencia de la propia falta; es el temor á la poderosa cólera del Dios justo ofendido. Ningún acero corta sus cadenas; ningún fuego las funde, porque son más fuertes que el hierro, más duras que el diamante. Una sola cosa las ablanda y nos liberta: la confesión de nuestra propia culpa, la fe en la sangre redentora, la única que borra el pecado, la sangre de aquel de quien se dijo: «Él rompió en su sangre la dura cadena de la maldición». ⁽³⁾

(1) Plinio, *Hist. nat.*, 37, 15, (4) 4. Jerónimo, *Amos*, 7, 7. Isidoro Hispal., *Origines*, 16, 13; *Parzifal*, 105, 18 y sig. (Bartsch, 2, 1402 y sig.) Hartmann., *Erec.*, 8436 y sig. Hugo von Langenstein, *Martina*, 50, 58 y sig. (Keller, 125).

(2) *Eccle.*, 40, 1.

(3) Heinrich, von Meissen (*Frauenlob*), *Unser Frauen leich*, 20, 15 (Ettmüller, 15). Hugo von Langenstein, 8, 108 y sig. (Keller, 20.)

APÉNDICE

DETALLES COMPLEMENTARIOS RELATIVAMENTE Á LA IDEA DE LA REPRESENTACIÓN EN EL SACRIFICIO SANGRIENTO Y EN EL SACERDOCIO

1. Diferentes tentativas hechas para explicar el sacrificio.—No tenemos intención de hacer aquí investigaciones muy detalladas acerca del origen de los sacrificios. Basta saber que según el testimonio de la Sagrada Escritura y según los testimonios humanos, se encuentra el sacrificio por todas partes en los orígenes de la historia, y que en todas partes se le considera como lo más importante y la práctica más elevada de la vida religiosa. Y con razón. Donde no hay sacrificio, la religión ha perdido su constitución y su fuerza; quien se muestra incapaz de todo sacrificio, prueba que ha perdido todo impulso hacia las altas regiones.

No queremos tampoco hacer una teoría del sacrificio; por eso dejamos á un lado la idea del sacrificio en general, y nos limitamos al sacrificio sangriento; trataremos aquí de diferentes clases de explicaciones más ó menos relacionadas todas con la verdadera significación de este acto, el más serio de todos los actos religiosos.

Quieren muchos limitar los sacrificios humanos á meras ejecuciones de criminales, lo cual equivaldría á suprimirlos del número de prácticas religiosas, ó en otros términos, negarlos completamente. Otros los explican desde el punto de vista de la adulación y de la súplica, atribuyéndolos á miras egoístas; es la teoría que llaman de los regalos. Se pretende, dicen, ganar á Dios con un presente á fin de que se muestre generoso con nosotros: pero ¿cómo expli-